

“MIENTRAS TODOS EMITÍAN PROFECÍAS APOCALÍPTICAS, YO SEGUÍA CONFIANDO EN LA INDUSTRIA Y EN EL PAÍS”

Julio y Tamara Kunkel

Los orígenes

Julio: Esta historia comienza cuando mi abuelo materno, Adolfo Kuhn, emigró a la Argentina desde la región del Volga, en la década de 1920. Se instaló en la zona de las colonias jesuíticas del departamento de Itapúa en Paraguay. Con el oficio de herrero adquirido en la vieja Europa, empezó a trabajar como proveedor de la industria maderera. En su taller, también fabricaba carretas, ganchos, cadenas y balancines. En 1947, se mudó a la ciudad paraguaya de Encarnación, donde instaló su taller de herrería.

Mis abuelos Adolfo y Ágata tuvieron trece hijos, entre ellos a Aurora, mi madre. De jovencita, en un viaje a Posadas para hacerse un tratamiento médico, conoció a Samuel Kunkel, mi padre.

Así llegué yo al mundo, un 27 de mayo de 1959 en Posadas, dos años antes que mi hermana Graciela. Mis recuerdos paternos son muy escasos, porque de muy pequeño, mi madre, escapando de Samuel, nos cruzó en canoa a Paraguay,



Adolfo Kuhn y Agate Buss, los abuelos de Julio y Graciela, junto a Valentina, Helmut y Ulrich Kuhn, en el taller de herrería de fragua y yunque. Colonia Guaraní (Paraguay), mediados de la década de 1930



Aurora Kuhn con sus dos hijos, Julio y Graciela. Encarnación (Paraguay), mediados de la década de 1960.

donde transcurrió mi infancia. Por su trabajo como maestra rural, ella pasaba mucho tiempo en el campo. Como sólo la veíamos en sus días de franco, prácticamente nos criaron nuestros abuelos.

A los seis años, me enviaron a un internado de la comunidad evangélica alemana Hohenau. Allí adquirí una formación de estudio y trabajo que me acompaña hasta ahora. Cuando salí del internado, a los quince años, nos mudamos con nuestra madre a Posadas, donde vivía uno de nuestros tíos.

Con mi tío incursioné en la construcción y la metalurgia, rubros en los que me desempeño hasta la actualidad. De día, trabajaba. De noche, estudiaba en la Escuela Nacional de Educación Técnica N° 1 (ENET). Cursé y aprobé hasta el cuarto año. No pude terminar la secundaria. Al poco tiempo, mi madre contrajo cáncer y tanto mi

hermana como yo debimos trabajar mucho para pagar tratamiento. En aquellos años, fui adquiriendo experiencia en distintos talleres metalúrgicos e incluso en plantaciones yerbateras, donde trabajé con máquinas cosechadoras.

Hacer industria

En 1981, a los diecinueve años, decidí encarar mi propio proyecto. Con un antiguo patrón, fundamos Kruger y Kunkel S.R.L, con la visión de fabricar aberturas y estructuras metálicas para la construcción. Y así fui avanzando, al compás de los vaivenes de la economía argentina.

En los tiempos de la hiperinflación de los '80, me habían adelantado un dinero para hacer una marquesina. Esa misma tarde, cuando fui a comprar los materiales, no me alcanzaba ni para el estacionamiento; "a los saltos" como se

dice comúnmente, tratamos de salir de la rueda nefasta de la inflación, endeudándonos cada vez más.

Mi falta de experiencia en gestión también me jugó malas pasadas. Con frecuencia, pactábamos un trabajo y cobrábamos un anticipo. Gastábamos ese dinero, y después teníamos que tomar otro trabajo para comprar los materiales del primero. Esa rueda interminable nos iba hundiendo. Me mataba trabajando, pero no ganaba nada.

El 6 de enero de 1994, caímos en quiebra. Fue una de las experiencias más dolorosas de mi vida. Pude sobrellevar la situación gracias a la compañía y contención de Lourdes, mi señora, y la ayuda de mi hermana Graciela. Entre muchas otras pérdidas, me quedé sin un galpón que había comprado en el barrio de Villa Dolores. Tenía que volver a empezar de cero.



Julio con sus hijas Tamara, Ingrid, Astrid y Karin. Posadas, 1993.

Un nuevo proyecto

Algunos meses después de la quiebra, volví a encarar un proyecto empresarial. Fundé la firma unipersonal La Herrería. Trabajando a sol y sombra, logré que los clientes volvieran a confiar en mí. Y así volví a levantar cabeza.

Mi situación mejoró en la segunda mitad de la década del '90. Empecé a trabajar en grandes obras para las multinacionales que se instalaban en Misiones, como bancos, concesionarias de automóviles, supermercados, centros comerciales y proyectos de equipamiento urbano.

El 2001, devastador para la mayoría de los industriales, no me golpeó tan fuerte. Es que ya había adquirido experiencia de gestión. Así, mientras todos emitían profecías apocalípticas, yo seguía confiando en el rubro y en el país. La



El taller de la calle San Martín, en los comienzos de La Herrería S.R.L. Posadas, 1999.

gente siempre iba a necesitar un techo bajo el que vivir. Eso significaba trabajo para la construcción. Renegocié con mis deudores y acepté que me pagaran al plazo que pudieran. Lo importante era mantener La Herrería en funcionamiento.

La Herrería, hoy

La recuperación que siguió a la crisis de 2001 nos permitió volver a crecer. En 2007 comencé un proceso de reestructuración de La Herrería, para transformarla de una empresa unipersonal a una S.R.L. Necesitaba dar este paso para seguir desarrollándonos.

Actualmente, La Herrería es una empresa que cuenta con 22 trabajadores, especializada en estructuras, montaje en obra y carpintería metálica. En los últimos años, fuimos modificando la forma de encarar el negocio. Antes, sólo hacíamos los productos. Ahora, también realizamos el montaje y prestamos servicio de posventa. Brindamos un servicio personalizado único en la provincia. Tenemos clientes muy diversos: centros comerciales, escuelas, universidades, bancos, entre otras instituciones públicas y privadas.

Me gusta la industria y la construcción. Disfruto cuando estoy en la obra. Todavía me ensucio la ropa y subo a los techos. Sé que mientras me dé el cuerpo, lo seguiré haciendo. Dios me dotó de inteligencia práctica. Me gusta diseñar y también ejecutar lo que diseño. Con el tiempo, los clientes aprendieron a valorar mi trabajo. Hoy, sin hacer publicidad, no doy abasto con la demanda. Trabajo entre diez y doce horas por día.

Tras graduarse de abogada en 2007, mi hija mayor, Tamara, empezó a ayudarme en la empresa. Con el tiempo, mis otras hijas, Ingrid (29), Astrid (23) y Karin (21) se han ido sumando a La Herrería. Mi familia ha sido y será siempre

Obra de La Herrería en el Casino Club Posadas. 1999.



un pilar en este proceso de aprendizaje y crecimiento. El equipo de trabajo también incluye a mi sobrino Alejandro Carballo, estudiante de arquitectura, y a mi yerno, Gustavo Pissarelo.

Tamara: Por mi formación en Derecho, asisto a mi padre en los asuntos legales de la empresa. Pero mi papel va más allá de las cuestiones jurídicas. También trato de brindarle contención y apoyo en muchos otros aspectos.

Mi padre hace un trabajo de gran creatividad; las suyas son obras que no se pueden copiar. Él logra combinar la estética con la funcionalidad. También habría podido ser un excelente economista. Tiene una insaciable sed de conocimiento. Autodidacta desde muy joven, lee mucha historia y se mantiene al tanto de la evolución del país.

Tanto mis hermanas como yo, aprendimos de su fuerza y perseverancia para renacer de cada crisis. Nos enseñó que todo lo que se consigue en la vida es fruto del esfuerzo y la dedicación. Lourdes, nuestra madre, también es un ejemplo de



Taller de Villa Dolores, Posadas. 2012.

constancia en su trabajo docente. Es Doctora en Biología, además de una madre excelente.

Ingrid, la segunda de las cuatro hijas, se incorporó en 2012. Es artista de alma y docente de artes visuales. Su carisma genera un clima de trabajo a pura acción y con dosis de humor. Ella adoptó a Lola, una gatita que hoy es la mascota de la compañía.

El futuro

Julio: Conocí a mi señora Lourdes en un baile, cuando yo recién comenzaba en la empresa. Tras un año de novios, nos casamos en 1982.

Con ella, construí una familia soñada, como la que yo no tuve en mi infancia. Formar una familia requiere un sentido de responsabilidad que no abunda en la Argentina de hoy. La nuestra es una sociedad caótica, con alta corrupción y poca cultura de trabajo. Yo lo noto cada vez que encuentro dificultades en el reclutamiento de colaboradores.

Mi caso es una prueba de que la vida da revancha a la gente trabajadora. El 31 de diciembre 2009, después de mucho sacrificio, pude volver a comprar el terreno de Villa Dolores que había perdido en la quiebra de 1994. Allí, donde todo comenzó y alguna vez terminó, con mi gente estamos montando el nuevo taller, donde pensamos mudarnos próximamente. La industria no me ha hecho rico, pero me dio muchas satisfacciones. Cuando he tenido un peso, lo he invertido en máquinas.



Alejandro Carballo (hijo de Graciela Kunkel), José Perié (novio de Tamara), Tamara, Lourdes, Karin, Julio, Ingrid, Gustavo Pissarello (novio de Astrid) y Astrid, en la sede de La Herrería. 2014.

Para hacer empresa en la Argentina, hay que ser como el salmón, nadar siempre contra la corriente. Es un gran acto de desprendimiento, porque uno tiene que dar todo de sí mismo, en un ambiente donde la imprevisibilidad es la regla. Trabajé mucho, y seguiré trabajando en mi país. Siempre digo que aquí está todo por hacerse. Ruego que Dios y mi familia me sigan acompañando en esta aventura, donde los requisitos básicos son usar un poco la cabeza y transpirar mucho la camiseta.